

# El Cambio Climático

Pasa la vida trayéndonos mayor serenidad, a la vez que los recuerdos infantiles se nos van presentando más cada día al menor pretexto. Recuerdos buenos y menos buenos que precisan de su rápido olvido, por aquello tal vez de que la felicidad necesita, entre otros componentes, de la mala memoria.

Viene al caso la reflexión previa porque yo tenía un viejo vecino en mi infancia, allá por Andalucía, *Juan el de Pepa la de Antón*, carpintero tan capaz de hacer un carro, como una revolucionaria noria con unos pocos elementos. El padre de nuestro querido vecino y amigo Juanito, el músico de nuestro querido himno de Sabiote. Como carpintero poco viajado, precisamente por ello, tal vez, conservaba la virginidad intelectual de cualquier hombre sencillo. Y era allá por julio del 69, cuando recuerdo que me preguntaba

- *Luis, ¿es verdad que los americanos han subido allá a la luna?* Y uno, que junto a todos los pobres de la vecindad lo había visto la madrugada anterior en la televisión del vecino y amigo Pepe Morcillo, le respondió:
- *Claro, hombre, anoche lo pudimos ver todos.* A lo que el sudoroso y asombrado Juan, cual si de un visionario Julio Verne se tratase, me contestó:
- *Pues sabes lo que te digo, Luis, que por subir a trastearle a Dios en sus cosas, allá arriba, cualquier día, Dios nuestro Señor nos va a mandar un nuevo “deluvio”. ¿Y sabes además lo que te quiero decir, Luis? Pues que entonces, cuando yo y mi familia estemos con el agua al cuello, me voy a cagar en la pu... ñetera madre de todos los americanos.*

Mi querido Juan murió hace ya muchos años, sin que aquella profecía que invitaba a la burla, se cumpliera en parte. Y ahora me acuerdo de él, inevitablemente, al ver tanto río desbordado, Europa anegada, y los enormes granizos del otro día en Nueno, en pleno agosto, destrozándome casi árboles y casa.

Les decía, que los americanos, entre otros, no sólo subieron a inundarnos los cielos de chatarra y ruidos, sino que para hacerlo han tenido que malquerer a la naturaleza, esquilmar sus entrañas, hasta convertirlas en humo y por ende el aire en meffítico aire. Han acabado, en suma, poniéndonos al mundo entero como una enorme y maldita boina vasca en forma de ozonico agujero, causa al parecer de todo el cambio climático imperante y que tantos miedos y hambrunas viene repartiendo. Que ha creado unos cinco mil millones de desheredados, que no acaban de entender, tras ver la Tv. desde sus países, como las barrigas del mundo civilizado pueden estar hechas de un exceso de calorías, cuando las suyas sólo lo están de edemas de hambre. Pobres viviendo alrededor de otros mil millones de opulentos ricos, inundados por un desarrollismo devastador, y rodeados de máquinas estruendosas de potentísimos dientes, pero condenados por otra parte, a una peculiar penitencia propia, la de tener que vivir en inhumanas ciudades de las que tienen que salir huyendo en cuanto pueden, para poder ver árboles y pájaros.

Ante tanta conturbada naturaleza en la que cada día sabemos con más certeza que una de cada cuatro especies de mamíferos, una de cada diez de pájaros y una de cada ocho especies de plantas están en peligro de extinción, uno que es biófilo, en orgulloso ejercicio, que ha dado a la vida cuatro hijos y ha recorrido nuestro maravilloso país en bicicleta de norte a sur y de oeste a este, en otro acto de simpleza ecológica, como el de la bici, en lugar de comprarme un ordenador, que podría llenar de virus y visitantes no deseados la casa, me he montado mi personalísimo “desarrollo sostenido”. He comprado cuatro gallinas y he plantado seis árboles. Las primeras me darán abono para los árboles, que a su vez darán más oxígeno y nos sustraerán CO<sub>2</sub> atmosférico, y bajo ellos pienso leerme el divertido *Quijote* cuantas veces haga falta.

Porque estoy convencido, como decía el gran Pascal, de que muchas de las cosas que ocurren en nuestro infatuado mundo es porque el hombre no se anima o no ha aprendido aún a quedarse sentado en su sillón, de una maldita vez, leyendo tranquilamente, esperando que pronto podamos obligar a EEUU a que firme el protocolo de Kyoto, de forma que se aminoren las heridas causadas a nuestro planeta. Leyendo y soñando conque por fin aparezca un gran arco iris sobre el mundo, ese gran símbolo de la esperanza tanto de nuestros sueños como de la mitología universal.

Luis Manuel Aranda  
Médico – Otorrino  
de la Sociedad Española de Médicos Escritores